

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Un trimestre... 2 pesetas.

EXTRANJERO: Un trimestre. 4 —

ANUNCIOS

Un espacio de 7 por 4 centímetros, en tercera y cuarta plana, una peseta. Noticias y anuncios en tercera plana, cincuenta céntimos línea. Reclamamos en segunda plana, precio convencional.

DIRECTOR:

D. EDUARDO GARCÍA CAMINERO

El Demócrata

SEMENARIO POLÍTICO

Redacción y Administración: REAL, 9

No se devuelven los originales. Toda la correspondencia al Administrador. Se entenderá como no admitido todo trabajo que no se publique dentro del tercer número, á partir de la fecha en que fué enviado.

ADMINISTRADOR:

D. Andrés Rubio.

LA POLITICA DE APODOS

No; no tenemos derecho nosotros, los políticos de pueblo, nosotros, los políticos pequeños, á quejarnos del rumbo que el personalismo ha impreso á la gran política nacional. Nosotros somos mucho peor que ellos, nosotros los hemos señalado el oficio, nosotros continuamos pervirtiendo, falseando el sistema electoral, con la deplorable y egoísta moda de los *istas*.

Amantes de la política de ideas, combatimos y combatiremos este procedimiento de mesnada, con divisa á veces irrisoria del señor feudal: nosotros, amantes de la política de ideas, nos permitimos con toda clase de respetos, reirnos de Robustianistas, Segismundistas y Veremundistas.

Porque ha llegado este sistema ó lo que sea á un grado de desarrollo tal, ha conseguido de una manera tan especial hermanar amistades particulares con intereses de partido, ha llegado á producir tales desavenencias en las familias, tales disgustos entre los amigos y tantos y tan incalculables daños á los pueblos, que es preciso, sí, es preciso que todos sacudamos á la vez el yugo no siempre amistoso de los señores particulares, que juegan con las ideas, á costa de los disgustos, de los sinsabores y á veces del dinero de los que falsamente llaman amigos.

Es hora ya que desaparezca la política de *istas*, y empiece la política de ideas: es hora ya de que todos nos convenzamos que la amistad particular y hasta el más próximo parentesco, no tiene nada, nada absolutamente que ver con las ideas políticas, y que se puede ser un excelente amigo, y un cariñosísimo hermano, militando con sinceridad en partidos opuestos.

¿Hay nada más deplorable, nada más triste que la separación, que la política local impone á personas, no solamente de ideas opuestas, sino hasta de ideas afines, de ideas iguales, por el absurdo sistema del personalismo? ¿Por qué hemos de seguir así, en perjuicio de todos, y más que nada en perjuicio del pueblo, que pudiendo ser amo, es siervo, y pudiendo mandar tiene que obedecer?

Es preciso que todos nos dejemos imponer por nuestra obligación de buenos patriotas, y que seamos cristianos al menos para practicar la máxima más hermosa de Jesucristo.

Es preciso que las ideas estén sobre todo, y que dicten leyes sobre todo. El conservador, el miembro de un partido que rechaza la ley de asociación, que entrega en manos de la Santa Sede atribuciones soberanas, que pretende imponer la inquisitorial ley de difamación, que acepta á regañadientes, el servicio obligatorio y se opone á la ley de los latifundios; no puede, no debe ser jamás amigo político, pactar, unirse, cabildar, con los liberales, que ya mandados por unos ó por otros (queremos suprimir los *istas*) aceptan y graban en la bandera de su partido, los principios más democráticos y las ideas más avanzadas. Podrán ser amigos, hermanos, esto no importa; pero el conservador y el liberal á quien separa un abismo de principios, deben ser eternos, eternísimamente enemigos políticos.

Hablamos con sinceridad y esta sinceridad nuestra nos hace confesar que pese á todos los *istas* de la tierra, y á todas las preocupaciones, que con nuestra juventud indulgente queremos olvidar, apoyamos y apoyaremos siempre á todos aquellos que profesen nuestros principios, sean quienes fueren, llegando hasta asegurar que podremos algún día militar en partido más avanzado; pero nunca, jamás, jamás, evolucionaremos en sentido retrógrado; nunca, jamás, seguiremos la bandera funesta de los hombres del descuajen y del maüsser.

¿Lograremos que desaparezcan los *istas*?... El corazón nos dice que sí.

Crónica Madrileña

En el Dying-car

Tilín, tilín, tilín... piiií... chschschs, chf... pan, parampan, parampan, parampan... y salió el express.

En la mesa frente á la nuestra comían dos señoras francesas que se quejaban amargamente del detestable vino que sirve la compañía, ó quien sea; en la mesa de la izquierda, se sentaban dos señores muy conocidos en la alta política, y cuyos nombres quiero reservarme ya que voy á servir á mis lectores, vivito y co-

leando, el diálogo que sostuvieron, hasta que á ellos y á nosotros nos echaron de la primera mesa.

—No se habla de otra cosa, y con mucha razón; yo creo que ha de tener una gran transcendencia.

—Indudablemente se ha adelantado á Moret, y de los adelantados...

—No es sólo que se haya adelantado á Moret, querido duque, es que su discurso es todo en programa, y que ese programa, eminentemente liberal, es el del Sr. Canalejas, el del Sr. Romero y el del Sr. López Domínguez.

—Y Ud. cree que pudieran?...

—Yo lo creo todo: sus flirteos democráticos han sonado muy bien en el Palacio de la calle de las Huertas; vea usted el *Heraldo*; el General coincide con el viejo chamarrilero de París, y D. Francisco no rehuye jamás un menage á trois, donde él sea souteneur.

—Pero y nosotros, y usted les...?

—Yo, querido duque, soy un demócrata también: si la corona otorgase con su confianza la jefatura á D. Eugenio, D. Eugenio puede contar conmigo.

—Y el Sr. Moret?

—El Sr. Moret, le respeto, le quiero mucho como amigo, como amigo íntimo; pero yo entiendo...

—A ver si coincidimos.

—Yo entiendo, que las circunstancias van á arrojarle en brazos del Sr. Silvela.

—De acuerdo, de acuerdo...

—Vega Armijo no tolera la jefatura de Montero: tiene muchos y buenos amigos, probablemente, entiéndalo Ud. con grandes reservas, probablemente quedaría como un Tetuán liberal.

—De modo que Ud. cree en la concentración?

—No creo; espero; sólo el tiempo puede desengañarnos. En política querido, lo impensado es la regla, y á tales extremos nos lleva el personalismo, que el pueblo tiene razón al despreciarnos.

—No; en eso permítame Ud.: el pueblo nos dá lecciones de indignidad.

—El pueblo?

—O los caciques, me es igual: nosotros hacemos lo que los caciques nos han enseñado. Y si nó, vea Ud. En mi distrito ha habido liberales, miembros de comité, que se han atrevido á retirarme su confianza, por qué dirá usted.

—Por qué?

—Porque he atacado á Maura en el Congreso.

—¿No eran liberales?

—Sí; liberales amigos de Maura; así es la política pequeña, cómo ha de ser la grande?

—Razón de más para que no pueda predecirse nada: este país, es país muerto, querido.

—Y no le salva sinó....

—Precisamente; lo demás son ilusiones: Y aquí se pusieron á *chuchotar* al oído...

Al poco rato salíamos todos del Dying-car; convencido yo, que esto no es el descuajen, sino el desyemen y el declaren todo en una pieza.

I. A.

DE POLITICA

En medio de la mayor indiferencia venía desarrollándose en el Senado la discusión del proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Ni al país le importaban gran cosa las oraciones parlamentarias de los individuos de la Comisión, ni paraba mientes en los escaños oratorios de los contrarios. Ministeriales y oposiciones pronunciaban sus discursos en la clásica soledad del Palacio de D.^a María de Molina.

Pero llegó un momento en que se anunció el discurso del Sr. Montero Ríos; las tribunas se llenaron; los escaños eran pequeños para contener tantos abuelos y padres de la patria, y hasta en los huecos de las puertas se veían innumerables caballeros que no habían podido conseguir un puesto en aquellas ó en éstas.

Todo el mundo esperaba un gran discurso, uno de aquellos *speeches* que hicieron célebre al eminente canonista, y en verdad que no salieron fallidas las esperanzas; con el brío de sus buenos tiempos, con la fogosidad de un joven, con el aplomo y valentía que aá el convencimiento de la bondad de la causa que se defiende, dió y afirmó la fórmula que puede servir de base para la reconstitución del partido liberal.

Demócrata convencido, marcó una senda eminentemente progresiva, enderezando sus tiros de tal modo, que apuntando al Gobierno dieron los proyectiles á ciertos ex-ministros encariñados de antiguo con la idea quimérica de una jefatura no fundamentada más que en ambiciones personales sin realidad posible.

Más aún: al recordar la muerte del Sr. Sagasta, se mostró enemigo de las jefaturas por combustión espontánea, dejando como monárquico convencido que la Corona escoja entre las distintas tendencias marcadas dentro del partido liberal aquella que más se identifique con la opinión del país.

Enunció un verdadero programa de Gobierno, con inclinaciones señaladísimas á la izquierda gubernamental, con indicaciones claras del ideal democrático hacia el que deben dirigir su rumbo los que aspiren á regir los destinos del país, si no quieren sucumbir y naufragar antes de salir del puerto.

Y á este discurso tan hermosamente dicho, tan repleto de doctrinas, contestó el Jefe del Gobierno con una chirigota, con una guasa; porque no es posible creer que una cabeza bien organizada piense y haga decir á la lengua en serio que las doctrinas exóticas no tienen realidad ni vida en nuestra patria; que son radicalismos peligrosos determinados ideales democráticos.

Tal como piensa el Sr. Silvela estaríamos mucho mejor si á semejanza del Imperio de Marruecos se produjera en España una insurrección para rechazar las innovaciones que el progreso de los tiempos introduce en todas las naciones.

A creer y á sentir como el Sr. Silvela, cree y siente, viajaríamos todavía en las célebres galeras aceleradas, ó aún menos, en los carros de los arrieros al camino,

